

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispánica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen IV

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Philippe de Mézières: Un viaje alegórico por la península

La figura de Philippe de Mézières encarna y responde a una determinada imagen del hombre de la Baja Edad Media. Se trata de un personaje histórico, importante por su actividad política desarrollada bajo el impulso de la aventura en sus aspectos más característicos: de iniciación, de conquista y de descubrimiento. Como otros tantos hombres de su época conjuga el ejercicio de las armas con el arte de la diplomacia y con el de las letras, dejando testimonio de su experiencia vital en unos escritos poco conocidos y apenas estudiados. (La edición que utilizamos aquí es: Philippe de Mézières, Chancelor of Cyprus, *Le songe du vieux Pèlerin*, ed. by G.W. Coopland, Cambridge, 1969).

Philippe, el “viejo peregrino”, nace en el año 1326 en la villa de Mézières, en Picardía, en el seno de una familia de la baja nobleza; recibe una formación cultural bastante completa para su tiempo, en Amiens, en el colegio canónico, formación cuyas huellas se dejan notar en su posterior actividad literaria. A lo largo de su vida, Philippe se nos presenta como un aficionado a la lectura; sus preferencias van de los escritos de Nicolás Oresme, las historias de Julio César, las antigüedades judaicas de Flavio Josefo, a los viajes maravillosos de Alejandro Magno, las crónicas de la conquista de Tierra Santa y *Le Roman de la Rose*. Una vez acabada su formación como caballero, el joven Philippe, como otros tantos caballeros pobres, abandona en 1347 el castillo familiar en busca de aventuras. Se enrola como mercenario y participa en las guerras de Lombardía al lado de Lucchino Visconti, Duque de Milán, pasa luego a la corte de Nápoles al servicio del joven rey Andrea, cuyo asesinato provoca un gran impacto en el joven aventurero. Nicolae Iorga, en su estudio dedicado a la vida de Philippe de Mézières, (*Philippe de Mézières (1327-1405) et la croisade aux XIV^e Siècle*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études, 42, 110, Paris, 1896), avanza la hipótesis de un posible viaje y estancia en España a las órdenes de Alfonso XI, bajo cuyo mando pudo haber participado en la batalla de Algeciras. Sin embargo, el gran sueño del joven picardo era el de partir hacia Oriente; las lecturas le habían hecho concebir

la idea de una nueva cruzada, la idea de la conquista y la liberación de los Santos Lugares. Su viaje a Esmirna, hacia 1346, la visita a Jerusalén y el descubrimiento directo de Tierra Santa determinan a Philippe de Mézières a dedicar su vida entera a la idea de la Cruzada. Asimismo, intentará crear una nueva orden militar y religiosa que aúne las cualidades de los Hospitalarios, Templarios, Teutones y de la Orden de Santiago, la Orden de Caballería de la Pasión de Jesucristo. Para poder realizar sus ideas vuelve a Europa; en 1349 lo encontramos en Aviñón y poco después parece haber ofrecido sus servicios al rey Jaime de Mallorca, que intentaba reconquistar su trono. Después de una estancia en la corte de Francia, en 1359 viaja a Chipre al servicio del rey Pierre, bajo cuyo reinado llega a Canciller. Su actividad en esta época implica muchos viajes y contactos con las principales cortes europeas, así como con las repúblicas de Venecia y Génova. Philippe intenta por todos los medios avivar la idea de una nueva cruzada; logra reunir una flota y un ejército bajo el mando del joven rey de Chipre. La expedición fracasa y en 1369 Pierre es asesinado cruelmente, lo que determina el regreso definitivo de su canciller a Europa, concretamente a Francia. Es acogido por Carlos V como consejero y amigo y es designado preceptor del Delfín, el futuro Carlos VI. Esta época coincide también con su retiro en el convento de los Celestinos en París, donde vive los últimos 25 años una vida dedicada al estudio, al magisterio y al arte de las letras, pero sin profesar en la Orden. Muere en 1405.

Se trata, como vemos, de una vida azarosa y compleja, más interesante aún para el lector moderno, puesto que a través de sus obras nos ofrece un valioso testimonio de la configuración del siglo XIV, tanto en Oriente como en Occidente. Hablaremos en concreto de *Le Songe du vieux pèlerin* (El Sueño del viejo peregrino), obra escrita en 1389 y clasificada por J. Richard, en su importante estudio sobre los libros de viajes, como un viaje alegórico. Sin embargo, los tratados dedicados a este texto escasean, los investigadores han preferido enfocar más bien los aspectos filológicos (sin ninguna duda complejos) dejando de lado o esbozando solamente el problema del contenido histórico y literario. La obra tiene un prólogo aclaratorio de la estructura narrativa, un diccionario de claves y tres libros: el primero, que funciona realmente como una narración de viajes, el segundo que comprende la descripción de la ciudad de París y la organización estamentaria del reino de Francia y, finalmente, el tercero, el más extenso, que se organiza en torno a la figura del joven rey Charles VI, complicado en un juego alegórico con fines didácticos, moral-religiosos y un trasfondo esotérico.

Nuestro interés versa fundamentalmente sobre el primer libro, ya que los otros dos, a la hora del comentario implican un enfoque totalmente distinto del de los libros de viajes. Sin embargo llamamos la atención, especialmente, sobre el último libro cuyo estudio, desde el punto de vista de la alegoría y el hermetismo

medievales, está aún por realizar. Creemos que, más allá de las claves que el propio autor pone a disposición de sus lectores, el texto de Philippe de Mézières encierra una serie de mensajes de tipo religioso, pero textualizados acordes con la enciclopedia de la alquimia medieval, de los textos de naturaleza ocultista, que rayan a veces con la herejía. Ésta no es más que una hipótesis por verificar o desarrollar; sin embargo, puede ser una vía de investigación que proporcione al estudioso notables sorpresas.

El propio Philippe de Mézières entiende que su obra puede comportar dos tipos de lecturas: una llana, horizontal en la que la serie de aventuras desarrolladas por “el viejo peregrino” se considera un mero “sueño”, una “ficción”. La otra lectura, “la verdadera”, es la que conlleva una especie de comprensión espiritual que convierte toda la serie de aventuras en una sola, significativa, global, en una aventura de aprendizaje, conocimiento e iniciación: “Encores est assavoir en poursuivant cestui Prologue que cestui livre est intitule et appelle le Songe du Vieil Pelerin, adroissant au Blanc Faucon au bec et piez dorez. Si doncques ceulx qui se sentirons ferunz en cestui livre de la lance de Verite la royne et auront aucune desplaisance, s’ilz ne se vouldront amander pour eulz appaiser s’il leur plaire ilz pourront reputer cestui livre pour ung songe. Et ceulx qui prendront en gre la doctrine de la belle monnoie de la saincte arquemie de Verite la royne et les troys dames, Paix, Misericorde et Justice, ne le tindront pas a songe, mais le recevront comme morale doctrine et nouvelle pratique de la reformation de toute la crestiente...” (*op. cit.*, p. 95). Desde ese punto de vista *El sueño del viejo peregrino* podría encuadrarse en la literatura de las “visiones”, que utiliza el motivo del viaje y el esquema seriado de la aventura para crear un espacio y un tiempo imaginarios, codificados según una organización alegórica, explícita. Optamos aquí por la lectura simple del primer libro, una lectura de los elementos característicos de los libros de viajes, esto es, un discurso mixto, entre histórico-científico y ficcional, que proporciona un mejor conocimiento del mundo de la época. Sin embargo, se da aquí un elemento distinto de los habituales en la estructura de un libro de viajes. A pesar de ser el propio autor el protagonista de las aventuras que cuenta, desde la perspectiva de un tiempo pasado o fuera de cualquier índice temporal, aparece como un protagonista velado, a la manera, a veces, del autor de un discurso historiográfico, de las crónicas. “El viejo peregrino” no es un personaje real, ni siquiera es un verdadero personaje, puesto que sus movimientos sucesivos están determinados, en su totalidad, por una voluntad externa, por la voluntad divina. Desde este punto de vista, tal y como está marcado el prólogo, el texto obedece a la estructura de una “visión”. Se trata, en primer lugar, de una elección; después, de la instrucción del elegido, y finalmente de la encomienda de la misión, todo esto desde la perspectiva de la providencia

divina. Esta línea de desarrollo conoce su textualización o su activación en los elementos de “buena voluntad”, “aprendizaje” y “testimonio”, que pertenecen a la actuación del protagonista humano, según las teorías de C. Segre en “L’invenzione dell’altro mondo”, (*Fuori del mondo*, Torino, 1990). La literatura de las “visiones” se distingue de la de “viajes” en el punto “elección”, que, en la primera, es de naturaleza divina, mientras que la “buena voluntad” implica un protagonista narrador per se. Se trata, o bien de un narrador elegido, o bien de un narrador que se constituye como tal por su propia voluntad. El caso del “viejo peregrino” está claro y bien expuesto en el prólogo. Se le elige para emprender el viaje y más aún se le denomina “ardiente deseo” lo que implica, no sólo elección, sino también determinación y cambio de nombre. Sin ninguna duda la finalidad del testimonio es de dar a conocer el mundo a través de sus vicios y virtudes, y proponer un modelo de mundo al que pudiera aspirar el joven rey, destinatario principal de la obra.

Siempre que se obvie la estructura alegórica, o, mejor aún, que se le quite al texto su envoltura, nos encontramos, en una gran parte del “sueño”, con una narración de viajes acelerada y algo disparatada desde el punto de vista temporal, pero acertada y realista en cuanto a la organización espacial. El mundo que visita el “viejo peregrino” en su deseo de conocer la verdad sobre sus virtudes y sus vicios, es un mundo coherente, activo y reconocible. Al contrario del itinerario que proponen las visiones, el sueño-viaje empieza precisamente en el Paraíso Terrenal, el punto más codiciado, cuyo alcance lo buscan los viajeros reales o imaginarios en casi toda la literatura medieval de esta índole. La imagen del espacio privilegiado, mítico, ubicado en lo alto de una montaña aparece como un tópico con todos sus elementos característicos. “Des beaux oyseauls rouges, vers et dorez et de divers plumages, qui par tout le jour et la nuit chantoient doul, je me passe du raconter; et aussi des beaulx palais qui la estoient, tous ouvrez a oeuvre de musique; des ornements des palais; et des habiz des personnes; de la magnificence de ladicte montaigne, en laquelle il ne faisoit ne trop froit ne trop chault. Et la nuyt n’y avoit point d’oscurte. Des merveilles qui y sont il seroit trop long a recorder, fors que tant que Ardent (Desir) et Bonne Esperance, quant ilz orent tout bien veu, ils distrent l’un a l’autre: ‘Vrayment nous sommes en Paradis terrestre’” (*op. cit.*, p. 198). Allí el viajero encuentra a sus compañeros, entes alegóricos del tipo Justicia, Verdad, Alegría, Providencia, que irán con él por el mundo investigando la cantidad de virtudes y bienes que poseen los seres humanos y lo firme de su fe. Se trata de un viaje de “inspección”, puesto que el grupo cuyo guía es el “viejo peregrino” lleva consigo instrumentos como la balanza y la forja, instrumentos destinados a pesar y averiguar la cualidad de las aleaciones que contienen los “besantes”, monedas de oro acuñadas en Bizancio, que signifi-

can, según el código alegórico, el tesoro del alma. La misión encomendada a estos seres tiene, evidentemente, propósitos de conocimiento y de enmienda y sin embargo, el lenguaje alegórico, los gestos y algunas veces las palabras que pronuncia nos hacen cuestionarnos sobre la posible existencia de un nivel de lectura secreta. Se nota, en efecto, un sospechoso acercamiento al lenguaje y hábitos de los alquimistas que, por otra parte, reciben un tratamiento muy poco favorable a lo largo de todo el texto.

El primer destino de la comitiva son las tierras de Oriente, concretamente la India Mayor, denominada la tierra de Preste Juan. Philippe de Mézières retoma una serie de lugares comunes acerca del espacio maravilloso de la India en cuanto a la vegetación, piedras preciosas, abundancia de oro y costumbres extrañas de sus habitantes. “La Riche Precieuse et sa belle compaignie se partirent de Nubie et entrerent en Inde la Majeur. Traspasserent per mer et par quatre mil ysles, grandes et en partie bien habitees, esquelles sont gymgybre, canelle, poyvre, noix muscades et le fin ambre, et en plusieurs autres lieux les pierres precieuses. Et en certaines ysles fait si tres grant chault que les hommes sont vestuz de rayz de saye, et a chacun neue est atachee una pierre precieuse”. Sin embargo este episodio es un episodio de relleno, un fragmento de naturaleza intertextual insertado para dar carácter al relato del viaje. La misma función la tiene el fragmento que alude a Alejandro Magno y a su encuentro con los brahmanes, considerados por la “reina Verdad”, el personaje alegórico más relevante, como unos seres exentos de los vicios más frecuentes, pero no aptos para la gracia divina, puesto que no conocen el signo de la “gran Thau”, esto es, el signo de la Cruz.

En esta parte del texto son evidentes las fuentes librescas, las autoridades que marcaban las estructuras e itinerarios que se debían de seguir para la realización de un viaje a Oriente. En lo que se refiere al Preste Juan, figura mítico-legendaria medieval, la actitud de Philippe de Mézières, en lo que respecta a las maravillas de su reino, es bastante escéptica. Admite que aquel espacio lleno de riquezas al que alude la famosa carta, haya podido existir; pero la realidad del momento histórico indica un empobrecimiento y una decadencia del reino. Sin embargo, más al Este se encuentra la tierra de los tártaros y del Gran Khan, otro hito obligado de los viajes medievales más atrevidos. El “viejo peregrino” y sus acompañantes llegan a Cambalech, en China, pasando antes por otro lugar famoso, la isla de “Femenie”, esto es, de las Amazonas. La información sobre el Gran Khan parece que la tiene el autor a través de un amigo personal que había llegado hasta allí. Philippe de Mézières olvida que su obra es “un sueño”, una visión y alude, como otros tantos viajeros, al testimonio directo y fidedigno de una tercera persona en caso de no haberse podido dar un testimonio personal. El “viejo peregrino” descubre con admiración la organización de las tropas del Gran Khan,

la ciudad portátil que monta en las estepas de Asia y el papel moneda que circula en su reino, todo esto ya consignado por Marco Polo casi un siglo antes. Conforme al modelo de descripción de Oriente y Tierra Santa, el “viejo peregrino” habla de las principales sectas que habitan por aquellas partes y sus características, sobre todo, en relación con la fe que profesan al signo de la gran Thau.

No vamos a dar más detalles aquí sobre el resto del viaje por las tierras de Oriente y de promisión. Se trata en realidad de una serie de tópicos organizados, quizás, de manera diferente a la habitual en las crónicas jerosolimitanas pero, a fin de cuentas, tópicos referentes especialmente a los Santos Lugares, a la ciudad de Jerusalén, a Egipto y a Etiopía, y finalmente a lo que llama Africa la Grande, que es el Norte de Africa. Dando un salto espacial importante “el viejo peregrino” decide cambiar de rumbo, viajar hacia el septentrión y elige como punto de partida la ciudad de Constantinopla, con su magnífica iglesia de Santa Sofía. Esta vez se trata de un testimonio directo, puesto que el autor conoce, por sus propias andaduras, el espacio que se propone recorrer. Además cambia de tono pasando del recuerdo de las lecturas y de la estructura de las crónicas y relatos de peregrinaje, al comentario directo de una serie de hechos de la historia contemporánea.

El primer país, aparte de Rusia, visitado en el periplo hacia el Oeste, es Prusia, donde los viajeros encuentran altos principios morales y mucha religiosidad. Como es de suponer, el viaje es un pretexto para comprobar la calidad de los “besantes” que existe en cada lugar visitado. Desde Prusia suben hacia el norte de Europa visitando Islandia, Noruega, Suecia y Dinamarca. La descripción de esta zona le lleva al autor a dar informaciones sobre el clima, los hábitos alimenticios y las costumbres de las gentes en un discurso muy lejano del alegórico. El detalle geográfico no siempre es seguro (por ejemplo, indica que el reino de Noruega es una isla en el mar); incluso se alude a “maravillosos fantasmas”, a seres engañosos que se le pueden aparecer al viajero desprevenido. Abandonando de vez en cuando el estilo ampuloso del discurso alegórico, “el viejo peregrino” cuenta historias de aquellas tierras que denomina “maravillas”. Una de ellas habla de la aparición de abundantes bancos de arenques, en fechas señaladas, en uno de los fiordos. Los habitantes de la zona cierran con sus barcas la entrada en el fiordo y de esta manera se abastecen de pescado para toda la época de la Cuaresma, gentes de Alemania, de Francia e Inglaterra, aparte de los del Norte. El episodio se parece bastante a los de ciertos libros de viajes que cuentan historias sobre la aparición de una gran cantidad de peces en determinados lagos, en tierras de Armenia, para proveer a los cristianos del alimento propio para el ayuno cuaresmal. Aprovecha Philippe de Mézières la ocasión para comentar, con cierta acritud, que la reunión de tanta gente y de una flota bien equipada que participa en la captura

del arenque, serviría mucho más, en caso de una nueva cruzada, a la liberación de las ciudades santas.

El viaje sigue por tierras de Alemania, Holanda, Polonia hasta llegar al reino de Bohemia, a Praga. Aparte de investigar la pureza de los “besantes” que circulan en la zona, según la misión encomendada por la Providencia divina, el “viejo peregrino” no se priva de comentarios acerca de la organización política, de las relaciones con Francia y del comportamiento social de los estamentos (especialmente príncipes, nobleza y clero) que, en opinión de la comitiva, deja mucho que desear. A través de Moravia, van de nuevo a Alemania, pasan a Austria y a Hungría (esta última castigada por la Providencia con los sitios continuos de los turcos) y se acercan a la Península Itálica. La primera ciudad visitada allí es Venecia, que acoge muy bien al peregrino; a su vez, éste después de alabar la religiosidad de los venecianos, nos presenta una descripción de la ciudad, poniendo especial atención en su estructura política y en la forma de impartir justicia. También aquí el discurso de Philippe se vuelve tendencioso e incitante a la cruzada, puesto que es bien conocido el papel que jugaba Venecia en todos los asuntos de Oriente. El periplo por Italia no es coherente, ni responde a ningún itinerario real. Nuestro héroe se mueve por el mundo “volando”, lo que le permite “saltar” de Venecia a Sicilia, donde, a pesar de los esfuerzos de las damas acompañantes (La Verdad, la Justicia, la Caridad), la imagen que da la isla es deprimente a causa del régimen de tiranía, de las luchas fratricidas, de los barcos preparados para la piratería y la rapiña. Abandonando Sicilia llegan a Nápoles, dividida entre dos partidos, llevando una vida de guerras y lujuria. Se dirigen a Roma donde, una vez instalados, se encuentran debajo de sus ventanas a una multitud disfrazada de animales que, por boca del lobo Ysengrin, envía su mensaje a la misión divina. Los romanos se quejan de los abusos de las autoridades, de las dificultades de la vida, de la pobreza y la mendicidad pero, sobre todo, del traslado de la sede papal a Aviñón.

A pesar del interés que reviste el análisis del recorrido del “viejo peregrino” por Italia y por el Sur de Francia (especialmente Aviñón, donde encuentra reunidos los pecados más abominables), nos centraremos en el itinerario que desarrollan nuestros viajeros en la Península Ibérica, adonde llegan sobrevolando las islas de Cerdeña y Mallorca. Entran por el reino de Aragón y su primera visita es la ciudad de Barcelona, donde son recibidos bastante bien y pueden montar su pequeño taller con balanza y forja en la iglesia de Santa Eulalia, la catedral. Sin poder repartir los “besantes” de la gracia, de oro de 24 kilates, a causa de las costumbres algo relajadas de la ciudad, la abandonan y pasando por Zaragoza llegan a Valencia, para entrar de aquí en los reinos de España. Cuenta el “viejo peregrino” que, según las historias antiguas y las opiniones de las autoridades,

España tiene doce reinos: “... c’est a savoir Valence, Sarragoce que le roy d’Aragon tient, le royaume de Mursie, Burgues, Leon, Toulecte, Cordoue, Seville la grant, Grenathe, Galice, Navarre, et Portugal” (p. 385). De estos doce el rey de España posee siete. Los viajeros, pasando por Murcia, llegan a Burgos (ya hemos advertido que la forma de viajar es un tanto estafalaria, parecida a la del *Libro del Conocimiento...*) donde encuentran al joven rey Juan I que les acoge muy bien y devotamente, haciendo alarde de su fe y de la pureza de su alma. Si bien el rey es de los preferidos por las “ilustres damas”, la corte de Castilla se merece no pocas críticas. Por lo visto sobre esta Corte (nobles y clero) planeaba aún la sombra del rey Don Pedro que, por su conducta, su forma tiránica de gobernar, su lujuria y sus impulsos criminales, empañaba la imagen del joven y piadoso sobrino. Philippe de Mézières cuenta, para ejemplificar las imprecaciones dirigidas al tirano, un episodio de su reinado, conocido como “la muerte del rey bermejo”. Don Pedro, invita al rey de Granada a iniciar negociaciones, éste se confía y llega a Sevilla con poca gente y muchos presentes, todo un tesoro en oro y perlas. El rey cristiano decide matarle a traición para apoderarse de sus riquezas, hecho en que participa directamente, justificándose después por considerarlo un castigo merecido a las maniobras del moro en contra de él en Zaragoza. El Canciller Ayala cuenta la historia en su crónica y lo que sorprende es la similitud de los dos relatos. Esto nos hace pensar en un posible contacto de Philippe de Mézières con Don Pero López de Ayala, contacto que pudo producirse durante los viajes de éste último a la Corte de Francia. Sin embargo, no conocemos ningún documento que pruebe esta hipótesis. Por otro lado sí se conoce suficientemente la vida del “viejo peregrino”, como para afirmar que, aparte de su primera y temprana estancia en España, por allí no volvió. Bien es verdad que procura individualizar los lugares visitados a través de una maravilla o de una historia, utilizando un procedimiento frecuente en los libros de viajes. Sin embargo, “la historia del rey bermejo” destaca por su carácter específico; sin lugar a dudas, se ha elegido para ejemplificar el carácter violento y arbitrario del rey Don Pedro, carácter que le ha propinado el apodo del Cruel. Asimismo “el viejo peregrino” alude a las leyes de la caballería y al código del honor caballeresco pisoteados a causa de la codicia. “Et qu’il soit vrait et publique, il fit et de fait de roy de Grenade cellui qui aujourduy regne, quant il ot murdri le josne roy de Grenade qui estoit venu a lui a mercy a tout son tesor en grant fiance d’amitie, lui XII de chevaliers desarmes ou environ. Mais quant ledit roy Pierre, cruel ou quart degre, veit le tesor dudit roy rouge et les mules chargees, il ne lui souvint lors de noblesse royalle, d’onneur ne de loange, mais de sa propre main et de sa lance feri roy sarrazin desarme, et, cuidant estre en seurte, tantost fu murdry”. (p. 386). Al acabar la historia, precisa que el episodio le fue contado “por un personaje notable que en aquellos tiempos era

servidor privado y especial del rey Don Pedro y estuvo presente con su Señor en la muerte del rey bermejo”.

Que fuera este servidor el mismo Canciller Ayala, no podemos afirmarlo con seguridad. Sin embargo, en la lista que contiene los nombres de los caballeros dispuestos a ingresar en la Orden de la Pasión de Cristo, fundada por Philippe de Mézières, se encuentra el de Pedro López de Ayala, según las investigaciones de Nicolae Iorga. El cotejo del texto francés y el castellano indica una gran semejanza tanto en el contenido de la secuencia como en los comentarios del episodio. Es difícil creer que Philippe de Mézières haya podido conocer directamente la crónica del Canciller. Sin embargo parece que hay que buscar datos acerca de una relación personal entre ambos en la Corte de Carlos V de Francia.

El resto del viaje por España carece de interés, por lo menos en lo que concierne a la configuración espacial. De Burgos pasan a Andalucía, al reino de Granada, a Marruecos, Gibraltar, Algeciras y Túnez, vuelven a Sevilla, salen por el Cabo de San Vicente hacia Portugal donde encuentran en Lisboa al rey apóstata de la iglesia. Van a Galicia al santuario del Apóstol Santiago donde apuntan la peligrosidad del Camino en el cual se dan robos y pillajes. De Santiago van a Córdoba y Toledo, ésta última ciudad llamada cuna de la nigromancia. De ahí a Pamplona y después a Francia. Si bien a la hora de describir otros países el discurso de Philippe de Mézières se mantiene en los límites del convencionalismo, el relato del viaje por España tiene un auténtico carácter histórico. No deja sin embargo de ser extraña la afirmación de que aquellas tierras se caracterizan por su poca fe, por las prácticas de brujería, las invocaciones y el ejercicio de las ciencias prohibidas por la Iglesia, así como por los asentamientos judíos que son los representantes del “viejo fermento del Antiguo Testamento y abominable alquimia”. Nos encontramos con el retrato de una Corte corrupta, entregada a la lujuria, traicionera e interesada en las ciencias ocultas, retrato que desentona con el estilo equilibrado y el disfraz alegórico. Sin lugar a dudas la información sobre todo ello la obtuvo el “viejo peregrino” de forma directa. Está abierta, pues, una línea de investigación acerca de las relaciones entre el autor francés y sus posibles interlocutores del reino de Castilla.

Eugenia POPEANGA
Universidad Complutense de Madrid